voz alta. No es permitido arrojar objetos por las ventanas. No nos podemos bajar en otras paradas diferentes a la nuestra" (pág. 67). En el interior del transporte escolar hay un campo de forcejeo. El poder tiene un derrotero: mantener o lograr un cambio en el puesto que les ha designado el hermano Javier, coordinador de los buses. Ahí se desgasta o se reafirma la existencia que de un modo u otro seguirá siendo afectada por el profesor que produce pánico: "Él siempre llega con su arma cargada, su dedo índice aterrador, inmenso y peludo, dispuesto a señalar a cualquiera y hacerle dos preguntas sobre el tema anterior. Le gusta elegir a quien encuentre parado, fuera de base, y se puede jurar que al señalado no le va a ir bien" (pág. 73). El prestigio entre los escolares se busca establecer con la moda. Gracias a ella el adolescente logra una forma de supervivencia, de autoestima cuando la puede usar, o caer en el limbo de los desfavorecidos que no alcanzan a tener la capacidad económica para hacer gala de ellas: "Usar unos Nike, Reebok o Adidas es como tener un seguro. No uno de vida o uno grande. Es una pequeña garantía de respeto. Pero algo es algo. Al menos cuando se toca ese tema se sabe que se podrá caminar con tranquilidad. Quien los tenga no será la víctima en esta ocasión, podrá estirar las piernas y exhibir, si no con orgullo al menos con alivio, el pasaporte para que lo dejen tranquilo un rato" (pág. 81).

El *Manual de pelea* está estructurado con gracia y maestría en el lenguaje que da forma al mundo de cientos de miles de adolescentes que tuvieron como modelo de vida en crecimiento una serie de presiones que sólo los podía conducir al desaliento. Andrés Burgos dejó la hoja de su narración en el filo de otra posibilidad: la entrada a la vida escolar y a la familia de los estudiantes del narcotráfico. No especula sobre ese camino. Es apenas la oscuridad a la entrada del túnel. De ahí para adelante, con las puntadas que alcanza a colocar, tienen que venir nuevas modificaciones de poder, nuevo lenguaje, nueva mentalidad y nueva forma de narrar. Por el momento, Santiago González, el personaje, debe esperar tres años más para lograr un buen lugar en esa cárcel que se parece a la otra, la llamada Alcatraz.

ÁLVARO MIRANDA

La farsándula

Al diablo la maldita primavera
Alonso Sánchez Baute
Alcaldía Mayor de Bogotá, Instituto Distrital de Cultura y Turismo, Bogotá, 2002, 260 págs.

El área de literatura del Instituto Distrital de Cultura y Turismo ha venido organizando desde tiempo atrás los Premios Nacionales Ciudad de Bogotá. Hay premios de poesía, de novela y de cuento. En este último género, la convocatoria se hace en las modalidades de adultos y de jóvenes.

El libro que en esta oportunidad nos ocupa es *Al diablo la maldita primavera*, novela ganadora de este premio en el año 2002, en el que fueron jurados Ángela Inés Robledo Palomeque, Ana Roda Fornaguera y Rafael Humberto Moreno-Durán.

Esta novela, cuyo nombre es sacado de una balada de la cantante mexicana Yuri, nos habla sobre la vida de Edwin Rodríguez, un joven barranquillero homosexual que vive en Bogotá, y su desesperada búsqueda por encontrar una pareja con la cual pueda alcanzar la estabilidad afectiva que sus múltiples encuentros físicos no logran satisfacer. De hecho, desde el primer párrafo nos cuenta del hallazgo de ese amor anhelado en el *ciberespacio*, pues en un *chat* ha establecido contacto con alguien de quien cree estar enamorado. A lo largo de las páginas el lector descubrirá que ese amor es alguien más a la mano de lo que su-



Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

pone el protagonista, pero el desenlace feliz se ve malogrado por cuanto su enamorado, para el momento en que ambos descubren sus verdaderas identidades, está en la fase terminal de la *alergia*, como llama Sánchez, con gracia sangrienta, al sida. En las páginas finales toda esa búsqueda está a punto de encontrar el sosiego, pues ha aparecido la compañía perfecta, pero en medio de la bacanal de la fiesta de bodas —pues la pareja ha acudido ante notario para formalizar su unión— uno de ellos se *encapricha* con otro de los invitados, dando al traste con la felicidad conyugal.

La voz que ha escogido Sánchez Baute para narrar esta historia es una primera persona que sostiene su tono con una soltura asombrosa, sin que haya una sola caída, un solo momento en el que se sienta la ausencia del manoteo amanerado de su protagonista. Tal vez de ahí un problema de esta narración: la naturalidad impostada —aunque suene paradójico— y la afectación con que suelen hablar ciertos círculos. Pues una cosa es oír retazos de las conversaciones de personajes de estos mundillos en una peluquería, por ejemplo, o en cualquier otro lado, que pueden resultar divertidos incluso, pero ese sonsonete acaba por volverse insoportable cuando a uno le toca convivir doscientas sesenta páginas con semejante empalago.

La obra transcurre en Bogotá, en una ciudad que se siente viva y en la que encajan muy bien el esnobismo y el arribismo de Rodríguez y sus compañeros de andanzas. En este *viaje al fondo de la noche*, asistimos a toda suerte de bares y de lugares *non sanctos* de encuentros carnales, a los estrambóticos *shows* de las *drag queens*, a incontables conquistas e intercambios. En esta narración se mezclan las referencias y las citas de los clásicos griegos con los fragmentos de baladas y de canciones vallenatas que no logran causar el efecto cómico que se proponen; y también encontramos confesiones de la condición de homosexual que tampoco alcanzan a conmovernos. Es curioso. Esos ingredientes están ahí para producir unos efectos que no sabe uno bien por qué razón no los producen. Hay algo que no permite que nos tomemos muy en serio la historia. Probablemente sea la fatuidad del protagonista, demasiado embebido en su rol, un tanto caricaturesco.



En un reciente artículo publicado en Lecturas Dominicales del periódico El Tiempo sobre esta misma novela, Óscar Gómez Palacio le preguntaba al autor acerca de la existencia de una literatura *gay*, a lo que él le respondió que sólo existía la literatura, y que si acaso existía una literatura con tema *gay* o escrita por *gays*. No sé si haya en nuestro medio novelas sobre relaciones lesbianas, pero lo que sí es un hecho es que en la actualidad hay una suerte de *boom* de novelas, o de narraciones de tema homosexual masculino. Leí hace no mucho una pequeña novela que sería algo así como la otra cara, la antítesis de ésta que nos presenta Sánchez Baute, y es *El beso de Dick,* obra póstuma del joven autor Fernando Molano Vargas. En esta pequeña obra, imperfecta pero conmovedora, el protagonista nos habla desde la inocencia de sus amores con un compañero de colegio y del rechazo familiar que debe soportar. Hay una afectuosa delicadeza al asumir la historia —que contrasta definitivamente con el desenfado de *Al diablo la maldita primavera*— que le otorga una frescura y una autenticidad al relato, que logra involucrar más al lector y hace mas cercano su relato. Y bueno, aunque sólo es una suposición que ambas sean obras confesionales, ambas son novelas muy bien escritas y nos dan cuenta cabal de los dramas y de las historias íntimas de seres anónimos.

Dos sensaciones quedan después de leer esta novela de Sánchez Baute: la primera es la fatuidad de ciertos grupillos, en este caso de *drag queens*, para quienes la vida es una fiesta frívola y sin fin, y la segunda, la soledad aterradora, la búsqueda dolorosa y desesperada de afecto y de compañía que ronda a todos los seres humanos.

En lo referente a la edición, es importante señalar que hasta hace poco tiempo a todas las ediciones de

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

organismos gubernamentales había que perdonarles su origen, pues era regla general el mal diseño, la mala impresión, el mal gusto, todo esto sumado a la precariedad de recursos con que se hacían los libros. Ahora no. Son libros de una calidad más que aceptable, aunque uno pueda a veces disentir de algunos criterios en cuanto al diseño. Por ejemplo, el ánimo de andar innovando a toda hora de Diego Amaral no siempre tiene buenos resultados, pues la numeración de las páginas en las márgenes laterales exteriores del libro se convierte en una distracción. Lo mismo sucede, aunque en menor medida, con la línea de la margen superior debajo de la cual pone, en letra bastardilla y muy pequeña, el nombre del autor y el de la novela alternativamente. Hay cosas que ya están inventadas hace rato y se llegó a ellas justamente después de probar otros caminos que demostraron ser ineficaces, deficientes e incómodos.

FERNANDO
HERRERA GÓMEZ

Cuando no se logra que las cosas suenen verdaderas

Relato de un asesino
Mario Mendoza
Planeta, Biblioteca Breve, Bogotá, 2001, 287 págs.

Relato de un asesino es la novela que Mario Mendoza publicó inmediatamente antes de ganar el Premio Biblioteca Breve de Seix Barral, con otra novela, que ya está en las librerías, llamada *Satanás*. Se trata de un *thriller* dividido en seis capítulos, cada uno de ellos dividido a su vez en dos o tres secciones, en los que el narrador nos cuenta, en distintos niveles, los episodios más destacados de su vida, desde los primeros recuerdos de infancia y juventud, hasta el desenlace, ya en una primera madurez, en el capítulo final. "El doctor Jekyll y mister Hyde", "Los tres maestros", "El descenso a los infiernos", "En busca del desierto", "Samsara o la rueda de las apariencias" y "El abismo final" son los nombres de los capítulos que rematan en un cortísimo epílogo.



La historia comienza con un hombre en una celda de una cárcel, que ha pedido que se le facilite lápiz y papel para poder escribir. Lo que leeremos durante todo el libro es, pues, lo que este preso ha escrito durante una parte de su cautiverio y que, como ya dijimos, es la historia de su vida, y las claves que justifican el desenlace, que son también la razón de que Tafur, tal es el nombre del protagonista, esté en prisión. En primera instancia sabemos que este hombre ha cometido un crimen y que siempre quiso ser escritor. Luego vamos a unas páginas en las que él es un niño de seis años que ha salido de una larga convalecencia, luego de una enfermedad que por poco le cuesta la vida. Sabemos que esos días de infancia transcurren en los años setenta, que el escenario de esa infancia es Bogotá, y más precisamente el barrio Santana occidental, cerca de Usaquén. Allí, cerca de ese sector de casas de familias de clase media hay un barrio popular que surte de víveres y probablemente de mano de obra al barrio vecino. En esa zona hay una cuadra de pequeñas tiendas y mercados que es llamada La cuadra china. Por diferencias de clase, que son tan notorias desde la niñez, los muchachos de ambos barrios tienen una rivalidad que se manifiesta en el amedrentamiento que uno de ellos ejerce sobre el protagonista robándole parte de los encargos que su madre le encomienda, lo que desemboca en una pelea final en la que el niño, aliado con un compañero un poco más grande, sale vencedor. Luego comienza la adolescencia, con los partidos de fútbol, las cervezas, el inte-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.